

# Memorias de una cárcel en Cuba. Un paso por el infierno verdeolivo

**Luis Felipe Rojas**

**Incubadora ediciones**

Un día de octubre de 1990 llegué como soldado del Servicio Militar (Obligatorio) a la Prisión Provincial de Holguín. En los documentos tenía el apelativo burocrático, castrense, de Soldado de Seguridad Penal, pero el imaginario popular se encarga de poner cada cosa en su sitio: todos nos decían gariteros, 7 pesos (por el salario), guarapitos, reventaos o en último caso, centinelas. A solo una hora de habernos bajado a empujones de un camión ruso, tras un discurso patriotero y con la violencia verbal que solo había visto en películas de rangers, nos presentaron a nuestro jefe de Seguridad Penal. Era un negro prieto, más prieto que mi tío Neno. El tipo por entonces es primer teniente, santiaguero y guapetón, responde al nombre de Eleuterio Reyes Peña, pero al dar la espalda todos le dicen Savimbi, como el militar angolano que se reviró contra los rusos y la morralla socialista que ha terminado dueña de Angola. Reyes Peña nos advirtió que íbamos a pasar al penal,

que no le riéramos la gracia a ningún "recluso" –a los presos les llaman reclusos en la jerga general, en otros departamentos les llaman 'asegurados', 'penados' y otras denominaciones más.

–Aquí no se pongan a comer mierda. Al primero que les falte el respeto me avisan y le damos su jarabe para que duerma caliente esta noche–, nos ordenó el militar.

Lo que vino después fue dantesco desde el adelanto mismo. Había un preso al que todos llamaban Sagüita porque era de Sagüa de Tánamo. Sagüita se había "autoagredido" en la mañana y luego de las curas en la enfermería se fue a su destacamento, ató las puertas de hierro con alambres y le dio candela a una colchoneta rellena de paja. Para cuando el jefe nos daba el discurso ya Sagüita estaba bajo el control de los bastones de goma –Tonfas– botas, puñetazos y escupitajos de los sargentos y oficiales de Orden Interior. El tal Savimbi nos llevaría a conocer la cárcel por dentro, los destacamentos, el comedor, la enfermería y las celdas de castigo. A la entrada de los destacamentos hay un pequeño salón que llaman Retector, que usan generalmente para poner a los reclusos que llegan o se

van; a quienes esperan horas y horas antes de ir a que les pongan una inyección o les saquen una muela. No quiero hacerles largo el cuento, pero aquel tour nos lo estaban vendiendo como un privilegio, las normas de Seguridad Penal en el país impiden a los centinelas pasar al área penal si no están rigurosamente autorizados o acompañados de altos oficiales y no por sargentos ni mequetrefes de uniforme. Pues servido el privilegio allá nos fuimos el grupo de casi veinte recién llegados de la previa (Preparación Militar Previa). En la puerta surgió un imprevisto, al 'llavero' de turno se le había quedado el manajo de llaves dentro de la garita y no nos podía abrir. Ahí mismo conocimos a Savimbi. Injurias van para el sargento, que hijo de puta-entretenido-estás-comiendo-mierda-a-ver-si-espabilas-pendejo, creo que le dijo diez veces más cosas, en voz alta, delante de todos los familiares que hacían una larga cola para visitar a los presos. La paliza a Sagüita tenía que esperar... unos minutos, antes de que aquel animal de primer teniente enviara por una planta de soldar móvil a cortar los tubos y cabillas de hierro. Dicen que el último mono es el que se ahoga. En un momento uno en medio del tumulto dijo que por una rendija de la garita cabía alguien que fuera pequeño.

Me quise cagar en mi madre. Creo que lo hice. Medio que me escondía detrás de un jabao de Moa, pero ni caso. El Savimbi me señaló con su dedo largo y cenizo. Empujaron entre veinte la puerta corrediza y me empujaron a mí por la cintura, las nalgas y me apachurraron la cabeza hacia el penal. Me metí por la parte alta de la garita y le di las llaves y se metió la manada de muchachos con uniformes reverdecidos y apestosos a sudor. La bienvenida de los presos desde las altas ventanas fue a base de chiflidos, trompetillas y gritos. Nos decían Carne fresca, retoñitos; a un gigantón de apodo japonés le dijeron gorda culúa, hasta que Savimbi se viró para las ventanas y el silencio fue sepulcral. Tanto le temían. Al llegar a la sección de las celdas de castigo el militar fue recibido con paradas en atención y saludos marciales. Unos presos le pedían atención médica, otros reclamaban derechos y le hablaban en términos técnicos por beneficios carcelarios que yo tardaría años en descifrar.

Savimbi llamó a Sagüita, el preso que había cometido la indisciplina y lo primero que le lanzó fue una bofetada, nos dijo que esperáramos a dos metros de distancia

y vimos como lo redujo a patadas, le arrebató un bastón a un sargento de guardia y le dio por la espalda, las piernas, los brazos y la cabeza. El preso gritaba, pero no pedía clemencia ni ofendía, gritaba de dolor hasta que no resistió y perdió el conocimiento en salpicaduras de sangre, sudor y una espuma amarillenta que se le veía en los labios y los huecos de la nariz.

Lo que siguió fue el tour por los destacamentos y las dependencias del establecimiento penitenciario. No recuerdo casi nada porque los sollozos de Sagüita se me cruzaban delante, los bastonazos y las patadas también. El recorrido de una hora me pareció de unos diez segundos. Meses después, cada vez que entraba al penal, me parecía ver algunos de sus lugares por primera vez, así fue el bloqueo mental. Había una peste a comida y a sudor del uniforme de los presos que me iba a acompañar por años, que no se me iba de la nariz. No recuerdo cuándo y cómo salimos de ahí ese mediodía, pero me tumbé en mi cama en el cuartel y dormí varias horas como no había podido desde que me reclutaron obligatoriamente el 1 de octubre de 1990.

La vida da más vueltas que un tiovivo. Volví a esa cárcel siete años después a visitar a un amigo al que le echaron una condena por vender carne de res. Diecinueve años más tarde, en 2009, me planté frente a esa prisión a gritar y protestar junto a un grupo de periodistas independientes y opositores a acompañar a Reina Luisa, la madre del mártir Orlando Zapata Tamayo, meses antes de que éste comenzara su última huelga de hambre y morir pidiendo la libertad de todos los presos políticos cubanos.

Fragmento del libro inédito "Los hombres no lloran... sangre".